TUCAN 8+

Un pijama para Robin

CHIKI FABREGAT

Ilustraciones de Laura Klamburg

edebé

Un pijama para Robin

CHIKI FABREGAT

Un pijama para Robin

Ilustraciones de Laura Klamburg

edebé

© Texto: Chiki Fabregat, 2022
© Ilustraciones: Laura Klamburg, 2022

© Ed. Cast.: Edebé, 2022
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia
Coordinación de Producción: Elisenda Vergés-Bo
Diseño de la colección: Book & Look

1.ª edición, septiembre 2022

ISBN: 978-84-683-5605-1
Depósito legal: B. 2234-2022
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Capítulo uno

Cuando empezó todo, Robin no tenía pijama y yo no tenía gato. Y, si a papá no se le hubiera quemado el arroz, habríamos seguido igual. Pero se le quemó. Dice Javi que nuestras vidas se pusieron patas arriba, aunque yo creo que fue más como lo de la caja del camión que me regaló la abuela, que lo encontré escondido justo antes de mi cumpleaños, lo saqué con mucho cuidado para verlo mejor y ya no hubo forma de volver a meterlo en la caja, como si se hubiera hecho más grande. Mucho más grande. A veces pasa así, sacas una

cosa de su sitio y, cuando quieres guardarla otra vez, no cabe por más que te empeñes. El día que se quemó el arroz, nuestra vida se hizo más grande o cambió de forma o... yo qué sé. El caso es que ya no fuimos capaces de dejarlo todo como estaba.

Era sábado. Yo acababa de llegar de casa de Javi, porque su padre le había regalado un conejo y habíamos salido a pasearlo. Lo llevábamos con una correa que compró en la tienda de perros, pero se escapaba todo el rato y nos pasamos el tiempo corriendo detrás de él. Llegué cansada, pero me lavé las manos y fui a la cocina a contarle a papá que el conejo se había escondido debajo de un coche y que Javi había tenido que arrastrarse y se había manchado la camiseta nueva de los Arqueros.

—Ah, los Arqueros —dijo papá—. He visto algo en el periódico. Creo que hoy estrenan una película.

Se me olvidaron el conejo y la camiseta de Javi. Película nueva significaba tarde de cine y palomitas, con mamá a un lado y papá al otro. Me puse pesada hasta que fuimos al salón a buscar el periódico para ver cuándo y dónde la ponían. Y el arroz se quedó en el fuego, hierve que te hierve, mientras nosotros buscábamos la noticia que había leído papá.

Para cuando el olor a quemado llegó hasta nuestras narices, la cocina estaba llena de humo que nos hacía toser. Me picaban los ojos y papá dijo que teníamos que salir de allí. Comprobamos todos los fuegos para que ninguno se quedara en-

cendido, abrimos las ventanas y nos fuimos a buscar a mamá, que había ido a la residencia a ver a la abuela. Antes la abuela vivía con nosotros y nos cuidábamos las dos cuando papá y mamá estaban trabajando, pero luego la abuela se fue a la residencia y papá dejó su trabajo para cuidar de mí.

Esperamos a mamá, un rato, en un banco y, cuando salió, fuimos corriendo hacia ella.

—Laura —le dijo papá—, Marian y yo hemos pensado que podemos ir a comer un perrito caliente a ese puesto nuevo de la calle Azufre y luego al cine.

Mamá dijo que sí, que a fin de cuentas era sábado, pero que tenía que ir a casa a cambiarse.

—Pero si estás guapísima. Y a Marian le hace tanta ilusión...

Esto lo hacemos mucho. Cuando parece que mamá va a decir que no a algo, yo pongo cara de perrillo que no ha comido hace una semana y parpadeo muchas veces seguidas. Entonces ella se ríe. Primero despacito y, si sigo parpadeando, más fuerte, hasta que tiene que agarrarse la tripa y se le saltan las lágrimas. Papá, mientras, mueve la cabeza hacia los lados como diciendo que no, para que parezca que él no ha tenido nada que ver. Cualquier día nos ve un director de cine y nos contrata para una película.

Tampoco es que fuésemos a ocultarle toda la vida lo del arroz, pero con mamá es mejor ir poco a poco. Al final, se lo contamos camino del puesto de perritos calientes. Primero dijo que no nos podía

dejar solos; luego, que había que volver a casa, y luego, cuando ya habíamos llegado al puesto de los perritos, que el suyo sin cebolla. Entonces vimos a un chico que venía hacia nosotros en monopatín. Llevaba una sudadera verde con capucha y casi no se le veía la cara. Al llegar a nuestra altura, echó un pie al suelo, frenó de golpe y nos dio un papel. Mamá tenía su perrito sin cebolla en la mano, así que lo dobló como pudo y lo guardó en el bolso.

La película estuvo bien. Me encanta cuando los Arqueros se descuelgan por las ramas disparando flechas, es mi escena preferida. Volvimos a casa dando un paseo mientras yo disparaba flechas al aire con un arco de mentira. Al entrar me tapé la nariz, por si acaso, pero ya casi no

olía a humo. Mamá tiró el cazo a la basura porque dijo que era imposible despegar el arroz quemado.

Javi y yo pasamos el resto del fin de semana jugando con su conejo. Antes, cuando no tenía mascota, jugábamos a detectives, a imitar a los Arqueros, a hacer bollos de barro si llovía, pero desde que llegó el conejo se acabó todo lo divertido. Y encima, cuando lo trae a casa, papá se pone pesado para que no lo soltemos en el jardín, por si se come las plantas. Tenemos dos jardines, el que papá llama «jardín trasero», que es un hueco enano detrás de la cocina, con dos macetas y poco más, y el jardín de verdad. Que no es que sea enorme, pero está delante de casa, tiene un columpio sin asiento, una canasta rota,

mucho trozo de hierba, unas macetas con flores y una valla grande con agujeros que lo rodea todo.

El domingo por la noche, mientras veíamos la tele, mamá vació el bolso entero encima de la mesa, para buscar sus gafas.

Eso lo hace muchas veces. Lo de perder las gafas. Bueno, lo de vaciar el bolso entero también. El bolso de mamá es como un agujero mágico en el que cabe todo y nunca sabes qué vas a encontrar. Allí, sobre la mesa, estaban las gafas, dos caramelos, un montón de monedas, las llaves del coche que ya no usamos, un sobre arrugado, un pañuelo con pájaros de colores... Y el papel que le había dado el chico del monopatín a mamá cuando fuimos al cine.

—Anda, Marian, tira esto.

Eso también lo hace mucho, lo de darme algo para que lo lleve yo al cubo de la basura. Camino de la cocina lo desdoblé, para ver qué era. Había dos marcas de kétchup de los dedos de mamá en el borde, pero aún se podía ver la fotografía de un chico con la cara casi tapada por una capucha que sujetaba un gato blanco y negro. Al lado, con letra escrita a mano de la que solo te sale después de probar muchas veces, ponía:

Busco familia.
Soy limpio y obediente.
Robin: 664788998

BUSCO FAMILIA
Soy limpio
y obediente
ROBIN
664788898

Había pedido un gato en mi cumpleaños, en Navidad y por las buenas notas. Me había ofrecido a cuidarlo y limpiar lo que ensuciara para que ellos no tuvieran que ocuparse y hasta dije que pagaría el veterinario, aunque esto fue, como dice Javi, tirarse un triple, porque con las monedas que me daba la abuela de vez en cuando no llegaba para mucho. Y nunca, ni una sola vez, me habían hecho caso.

Doblé el papel con cuidado, por los mismos dobleces que había hecho mamá, y me lo metí en el bolsillo.

Y así fue como empezó todo.